

232.9



BT 300

V2

1884

v. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LIBRO QUINTO

**Obras y doctrinas de Jesucristo Nuestro Señor,
Dios Hombre, el Cuarto año de su predicacion
hasta la cena.**

CAPÍTULO PRIMERO

VIENE JESÚS DE BETABARA Á BETÁNIA, DONDE
RESUCITA Á LÁZARO.

YA cumplidos tres años de su predicacion entró Jesús en el cuarto de ministerio tan divino, y treinta y cuatro de su edad, en que consumó su peregrinacion y vida en este mundo y cerró el círculo del sagrado movimiento, con que desde lo más alto de los Cielos bajó hasta las tenebrosas profundidades y lóbregos centros de la tierra, repitiendo el camino hasta la diestra de su padre en la más sublime cumbre de la Gloria. Acercándose, pues, el tiempo de su pasion, quiso antes de entrar en sus ignominias y tormentos, hacer despues de tantas, una evidente demostracion de su divinidad probando con aparato de un difunto resucitado, que llegando su omnipotencia á romper los calabozos de la muerte y despojarla de su imperio, no pudieran mortales potestades mal-tratarle, menos que dándole permiso para ello el mismo Jesús que habia de padecer piélagos tan furioso de afrentas y dolores.

Dos meses del cuarto año de su vida habia pasado Jesús en la region que yace de la otra parte del Jordan y lo más de ellos en Betabara donde primero habia bautizado Juan, y á cuya soledad desde la fiesta de la dedicacion del Templo se habia retirado Jesús; y sirviendo á tan soberanas providencias, como el rescate del hombre, satisfaccion del Padre Eterno y restauracion de las ruinas de los Angeles, los accidentes de nuestra mortalidad, una dolencia grave de Lázaro (á cuya casa debia gratitudes), le obligó á entrarse de nuevo en el corazon de la Judea y acercar-

se á su córte y Metrópoli Jerusalem, donde aquella Pascua del Cordero que ya instaba habia de morir sacrificado al bien, del mundo, para que si la piedad le habia traído de los Cielos al pesebre, le condujese ahora también de Betabara á la Cruz.

A los principios de Marzo enfermó de muerte en Betania (castillo ó villa donde tenian casas principales Marta y María), su hermano Lázaro, caballero jóven, asistido de riquezas y otras lisonjas de fortuna. Era María la que ungió los piés á Jesús con precioso unguento en casa y presencia del Fariseo que la censuró enjugándoselos despues con la toalla de sus cabellos, y Marta, la que con afectuoso cariño le hospedaba las veces que venia á Betania á predicar; ni dudaban que siendo tan noble y agradecido Jesús, se lastimaria de sus penas y acudiria á remediarlas; cuando le vieron que admitia sus obsequios, les pareció que le tomaban su libertad y que sin sospechas de olvidos ó mudanzas tenian seguro su favor.

Viendo, pues, que el conflicto de su hermano iba creciendo y amenazaba á su vida los últimos rigores, fuéseles luego la confianza que por tan legítimos derechos tenian concebida de Jesús, á buscar el reparo en su poder. Y sabiendo que á la sazón moraba en las vecindades del Jordan, acordaron de enviarle dos gentiles hombres de su casa que le diesen noticia de la enfermedad de su hermano y del peligro en que estaba. Oyólos Jesús, y enternecióle la suma de mensaje cuya sustancia era: «Señor, Lázaro nuestro hermano á quien de veras amas, está en cama y de riesgo.» Respondióles: «Decid de mi parte á Marta y María, que esta enfermedad de Lázaro no viene á quitarle la vida, sino á ser intrumento de la gloria de Dios que de ella resultará; que no la teman como á verdugo de la justicia sino como á mensajero de su felicidad.»

Amaba tiernamente Jesús á las dos hermanas y juntamente á Lázaro; y con todo eso, habiendo tenido relacion del peligro en que quedaba, se detuvo otros dos dias en Betabara donde le habia cogido la nueva. Pasados estos, dijo á sus Discípulos: «Volvamos á Judea.» Replicáronle todos: «Maestro, considera que no há mucho que determinaron apedrearte los Judíos; los cantos tuvieron ya en las manos para ello, y tan presto quieres tornar á ponerte á sus ojos? Respondióles con mansedumbre Jesús: «¿Por ventura no tiene doce horas el dia? Concebid, pues, que como en el discurso de ellas se muda aquel en lo natural, también la sucesion de los momentos, dándoles Dios un temple de su mano, alterará la determinacion de los Judíos.»

«Pero elevando la vista á luz más superior, advertid que yo soy el dia de este mundo, y á la manera que el natural tiene su principio, su término y sus horas fijas, sin que nadie pueda causarle novedad en el orden y concierto de ellas, ni dilatar ó contraer el lleno de su luz; así no podrán los Judíos abreviar el corriente de mi vida. Y para que despidais de vuestros corazones el temor que teneis á este viaje, considerad que de la suerte que quien anda de dia no tropieza porque le acompaña y fortalece la luz; mas quien camina de noche vá á peligro de caer,

yendo sin el amparo de la claridad; así os acontecerá conmigo, que si vais en mi compañía con fé viva y amor puro, ireis sin riesgo, aunque os acometan las más enojadas sinrazones, porque soy luz omnipotente; pero en apartándoos de mí, en la que juzgárais tranquilidad mayor, os oprimirán calamidades, como á esclavos errados de la noche.»

Habiendo dicho esto Jesús á sus Apóstoles, añadió: «Ahora os hago saber que nuestro amigo Lázaro está durmiendo despacio, y voy á despertarle del sueño que padece; esta es la ocasion que me saca de este sitio y obliga á entrar en la Judea.» Replicáronle los discípulos: «Señor, si tan de asiento duerme Lázaro, tendrá entera y robusta la salud y así no parece necesaria esta jornada.» Más no entendieron á Jesús, porque él habia hablado de la muerte de Lázaro en metáfora de sueño, y los Apóstoles juzgaron que trataba del reposo natural; por ventura fué esta de las más amargas congojas de Jesús, conversar entendimientos, que debiendo adorar sus disposiciones se las contradecian como desalumbradas; dando á sus misteriosas locuciones sentido grosero, indiscreto y desigual.

Declaróse Jesús entonces y les dijo: «Lázaro es muerto, y aunque me entenece considerarle difunto por lo mucho que le amaba, por otra parte me alegro mirando á vuestra utilidad, pues por este medio creéis con más firmeza que soy Dios. Porque ya veis que no estaba yo en Betania sino aquí con vosotros cuando Lázaro murió, y que el correo que me enviaron sus hermanas fué de su enfermedad, no de su fallecimiento; y sin embargo de tanta distancia lo he sabido, porque á los ojos de mi Divinidad nada hay oculto; pero ya es tiempo de ir.»

Tomás (que también se llamaba Didimo), con esforzado ánimo y valor dijo á sus condiscípulos sintiéndolos medrosos todavía: «Vamos también con el Maestro nosotros; y si fuere necesario muramos todos con él.» Vino finalmente Jesús á Betania, villa que dista quince estadios ó media legua de Jerusalem, si bien por entonces no entró en ella, antes se quedó fuera en los suburbios; porque como su principal intento era resucitar á Lázaro cuyo sepulcro conforme á la costumbre de los Judíos, estaba en el pago ó campo de Betania no juzgó conveniente entrar en ella, habiendo de salir dentro de breve espacio al monumento donde habia de obrar aquel milagro: tanto medía sus pasos con lo preciso; tanto sus palabras.

Halló Jesús, que habian corrido cinco dias desde la muerte de Lázaro, y cuatro desde que le habian dado sepultura. Estaban en la casa de Marta y de María muchos judíos principales que habian concurrido á consolarlas en la muerte de su hermano, procurando corteses divertirles el sentimiento grande que hacian de su pérdida, y las lágrimas que les sacaba de las entrañas á los ojos el dolor, que como aun no tenían luz cabal de lo perfecto no negaban á la naturaleza las permisiones todas de sentir, ignorantes de la Evangélica moderacion.

Pero Marta, sabiendo que Jesús habia llegado cerca de la Villa, le salió á recibir fuera de ella posponiendo los decoros de su

persona y las ceremonias del llanto al respeto y amor que profesaba á Jesús, segura de que no disminuía puntos á su honra, aventurándola por hacer los decentes obsequios á su Dios. María se quedó en su casa (porque no tuvo noticia de la venida de Jesús), continuando las visitas de los caballeros que la asistian. Así como Marta se vió en la presencia de Cristo, le dijo: «Señor, si vos hubierais estado aquí y venido á esta villa cuando os lo suplicamos, no hubiera muerto mi hermano; mas aunque ya lo esté, no despidó la confianza y certidumbre que tengo de que os concederá Dios cuanto le pidais; y así os suplico rogueis á Su Majestad me otorgue la vida de mi hermano.»

Jesús sin indignarse de que no le tratase como á Dios, sino solo como á hombre justo y santo la dijo: «Ten por cierto que Lázaro resucitará.» «No dudo, replicó Marta que Lázaro resucitará el día último en la general resurreccion; pero no es eso lo que te suplica mi dolor.» «Más cerca tienes, le respondió Jesús, la resurreccion de tu hermano; porque yo soy la vida de los difuntos á quienes la puedo dar cuando gustare, pues en mí tengo la omnipotente virtud, para restituirles el vivir; por donde el remedio para que resucite Lázaro es creer en mí, como en verdadero Dios, con viva fé; porque quien en mí creyere, aunque haya muerto, vivirá; y los que viven y creen en mí, nunca padecerán la muerte eterna. ¿Crees con firmeza esto que me has oido, Marta?» Respondió ella: «Sí señor; sí creo y confieso de corazón que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo, que para remedio de los hombres bajaste al mundo, de los cielos.»

Preguntóle Jesús por María. Respondióle Marta que estaba en su casa recibiendo las visitas y pesames de la muerte de su hermano, porque no tenía noticia de su llegada al castillo. Mandóla Jesús que le fuese á llamar, y en ejecucion de esta orden dejando Marta á Jesús con acompañamiento decente, y ejecutoriando que es santidad dejar á Dios por Dios, volvió con diligencia á su casa y dijo en secreto á María: «El Maestro está fuera de la villa, quiere verte y te llama.» Oyó María el mandato de Jesús, y al punto se levantó del estrado, dejó la conversacion y lamento y fué donde estaba su divino Maestro, mas que con los piés, con las alas de su devocion, sin hacer reparo en lo que podian sentir aquellos cortosanos de la aceleracion con que sin despedirse de ellos los dejaba; tan por entero la ocupó la obediencia de Jesús.

Los caballeros y ciudadanos de Jerusalem que la consolaban y asistian, viendo que María, siendo señora tan principal, sin hablarles palabra, interrumpida la plática, y aun ajada la urbanidad, habia salido de su casa ignorantes del recado de Jesús que le habia dado su hermana, se persuadieron que arrebatada del dolor, con algun ímpetu del sentimiento más ardiente habia hecho aquel extremo, y reparando que enderezaba sus pasos fuera del castillo, concibieron que sin duda iba á llorar sin las moderaciones y leyes del respeto sobre el monumento de Lázaro. Con esta aprension la siguieron con cuidado, prevenidos á contenerla en los límites de la razon, si intentase con el dolor hacer en su persona alguna impia novedad, quitándose la vida ó lastimándose con exceso.

María llegando á la presencia de Jesús, se postró á sus piés y díjole llorosa: «Si vos, Señor, hubierais estado en mi casa y visitado á mi hermano en su enfermedad, nunca él hubiera muerto; vuestra asistencia sola le hubiera defendido la vida.» Jesús entonces viendo desatada en lágrimas y envuelta en sollozos lamentables á María á quien amaba tiernamente, agradecido á sus finezas y á la generosidad con que desde la Galilea le habia asistido y sustentado con su hacienda, y que lloraban juntamente con ella los nobles de Jerusalem que desde su casa la habian venido siguiendo, dió uno como bramido valiente y dolorosa voz, escitando su mismo espíritu para darla con mayor asombro, conmovióse y turbóse asimismo no padeciendo, sino eligiendo estas pasiones, y voluntariamente impelido de ellas dijo: «¿Dónde pusisteis á Lázaro despues de muerto? Gobernar las pasiones, del alma en su ardimiento ajustándolas á la razon es privilegio de la divinidad.» Respondieronle Marta y María entre sollozos: «Ven con nosotras, Señor, y lo verás.»

Jesús entonces rigiendo con el señorío de la razon los movimientos de la tristeza, que con imperio habia despertado él en sí mismo para instruccion de los hombres en todas las edades y honor de nuestra humanidad, hizo evidencia de que con sus defectos naturales y pasiones propias, escluida la culpa y las imperfecciones que de ellas se originan, se dignó de vestirse de ella en su divina Encarnacion; y así, en coyuntura que tan sin medida lloraban las hermanas y los principales de Judea, juzgó prudente acuerdo mezclar con las de todos sus lágrimas, y lloró tiernamente cuando dictaba la razon y santidad como quien era dueño del lamento; acreditando así las pasiones naturales que por su mano habia plantado en nuestra humanidad, y convenciendo que gobernadas conforme la razon, pueden pasar á ser divinas. Admirárouse de esto los Judíos, porque no esperaban de lo sério y grave de Jesús estas demostraciones de humanidad; decíanse pues, unos á otros: «Reparad en la fineza que hace Jesús por el difunto; verdaderamente le amaba de corazón.» Pero algunos discurrían: ¿No pudo Jesús hacer que no muriese Lázaro si tanto lo habia de sentir, pues con tanta facilidad pudo dar la vista al que habia nacido ciego?»

Finalmente Jesús; alterándose así mismo con el sentimiento doloroso que habia introducido en su alma, fué al monumento donde Lázaro estaba sepultado. Era este una como cueva profunda, cubierta con una losa de mármol, que de esta forma eran los sepuleros de los nobles entre los Judíos; aprendida de los monumentos de Abraham, Isaac, y Jacob, Patriarcas mayores de la Nacion. Dijo, pues, Jesús á los Judíos: «Levantad esa losa; y desembarazad la entrada al monumento.» Atravesóse Marta celando los decoros, ya de Jesús, ya de su hermano y deteniendo los que se aprestaban á levantar el mármol, dijo á Jesús: «Señor, considerad que es forzoso no huela bien el cuerpo de Lázaro habiendo ya cuatro dias que está en el monumento.» Pero tenia mas alma la resistencia, porque aun no creia Marta con firmeza que Jesús podia resucitar á su hermano, y con este

embozo de la molesta fragancia de sepulcro se divertía la contingencia del deshonor.

Respondióle mansamente Jesús avivando en ella la fé contra el desmayo ó incredulidad que padecía en su interior: «Ya no te envíe á decir con los mensajeros que me despachastes á Betabara avisándome de la enfermedad de Lázaro, que si de corazón crayeres en mí, verás maravillas de la gloria de Dios; persevera constante en la fé con que ahora no há mucho me decías, que estabas creyendo firmemente que soy el Hijo de Dios, y no te turbe el ver que pongo la mano en la resurrección de tu difunto hermano, aunque haya cinco días que lo está; pues para mí omnipotencia lo mismo son cinco días que otras tantas horas; enciende pues la fé de mi divinidad en tu corazón, aviva la confianza y verás más claramente mi poder.»

Quitaron el mármol que cubría el monumento, y Jesús levantando los ojos al Cielo dijo: «Padre mío, yo te doy muchas gracias porque me has oído; yo bien sabía que me oías siempre, pero quise decir esto por el pueblo que me escucha para que todos crean que me enviaste al mundo.» Dicho esto levantó esforzadamente la voz y dijo: «Lázaro ven del sepulcro acá afuera;» y al momento salió de la cueva por sí mismo el que hasta entonces había estado muerto, y vieronle salir, ligados los pies y manos con las vendas de la mortaja y el rostro cubierto con el sudario; tan patente quiso Jesús hacer aquel milagro porque toda esa claridad había menester la ceguedad pertinaz de los Judíos.

Viéndole así Jesús, dijo á sus discípulos: «Desatadle vosotros y ponedle en su libertad para que se vaya donde gustare.» Obedecieron ellos y Lázaro libre ya de las cadenas y horrores de la muerte quedó en presencia de todos vivo y sano y restituído enteramente á los vigos de su juventud; y postrándose á los pies de su bienhechor, le rindió las gracias más que con palabras, con lágrimas, acompañándole en ellas, pero ya de gozo, sus hermanas que suplicaron á Jesús fuese á honrar su casa con su presencia, conforme otras veces lo solía hacer. Entró Jesús en Betania como triunfador del infierno y de la muerte, llevando delante de sí por trofeo ilustre á Lázaro, á quien acababa de liberrar de sus candados y prisionés.

CAPITULO II.

PONTÍFICES Y FARISEOS DECRETAN EN CONCILIO GENERAL, LA MUERTE DE JESÚS.



ISTO el milagro que hizo Jesús resucitando á Lázaro, muchos Judíos que le habían asistido creyeron su divinidad; mas otros empedernidos en su malicia corrieron á los Fariseos á contarles lo que había sucedido, no teniendo la resurrección de Lázaro por milagro verdadero, sino por ilusión de Satanás. Acudieron los Fariseos á los Pontífices y Sumos Sacerdotes para que aplicase cauterio más poderoso al cáncer que á su juicio iba infestando al pueblo todo. Con este ánimo Josefo Cayfás que aquel año despues de otros era sumo Pontífice de la Sinagoga, con las solemnidades que estilaban los Judíos congregó el gran concilio de los setenta y dos ancianos y Doctores que llamaban Sanhedrin, á cuya jurisdicción tocaba definir las materias graves de la Religión y de la Fé y calificar quién debía ser tenido por Profeta verdadero ó Rey legítimo, títulos que á su parecer usurpaba indignamente Jesús, introduciendo asimismo doctrinas nuevas y contrarias á la ley de Moisés y tradiciones recibidas.

Juntos en el concilio los Senadores, picados vivamente de la envidia de las generales aclamaciones de Jesús, mostrándose celosos de la honra de Dios, del estado político y eclesiástico y de la conservación de la República (armería insuperable contra la inocencia), en clamores confusos comenzaron á decirse unos á otros: «¿Qué es lo que hacemos? ¿En qué nos ocupamos? ¿Cómo no advertimos el riesgo y la fatal ruina que amenaza á nuestra nación originada del pasmo y desacuerdo con que hemos dado lugar á que crezcan con escesos tan grandes de este hombre que con sus milagros y prodigios levanta los pueblos y los conduce á su devoción, y quién podrá dudar que estas populares conmociones (cuando en la realidad no lo sean) tienen evidencias claras de rebelion contra los Césares y que serán motivo suficiente, para que teniendo noticia de ellas los Romanos, como tan atentos á su razon de estado y á los aumentos de su Monarquía, con ejército poderoso vengan sobre nuestra ciudad y nación y todo lo destruyan y arruinen?»

Así deliberaban los consejeros entre sí, cuando Caifás, presidente y cabeza del Concilio, ordenando que callasen dijo: «Séame lícito en ocasion tan apretada hablar con libertad, cuando las materias que se tratan es la suma de nuestra conservación ó ruina. Oyendo he estado vuestros pareceres y todo son confusiones; reconocéis el peligro que nos amenaza originado de los aplausos de Jesús, mas no dáis con hallar industria ó arte con que

desvanecerlos. Yo, pues, que así por las leyes de la política que con estudio y experiencia he comprendido, como por la luz superior que desde el Cielo raya en es'a silla, alcanzo más de la razon de estado que vosotros, resuelvo que precisamente es conveniente que un hombre muera por el pueblo para que toda la gente no perezca.»

Esto pronunció el Pontífice, pero la verdad que en punto de religion y teología sobrenatural contenía esta sentencia no la alcanzó Cayfás; porque solo atendió á los impulsos del odio que había reconcentrado en su corazon contra Jesús, á la conservación de su pontificado y seguridad de su nacion. Más el Espíritu Santo, mirándole como Pontífice y Sumo Sacerdote de la Sinagoga á cuyo oficio pertenecía manifestar al pueblo las católicas verdades, usó de sus lábios como de instrumento (á la manera que en otro siglo movió los de una bruta para instruir á un desalumbrado Profeta) para intimar al mundo el decreto de la Sacrosanta Trinidad, que convenia que Jesús muriese para remedio de su nacion, y no solamente de ella sino tambien para juntar en una congregacion ó Iglesia todos los hijos de Dios que estaban derramados por el mundo sin esperanza de clemencia. Esto profetizó Cayfás por el privilegio de su dignidad, y asistiendo el concilio todo al voto del Pontífice, decretó en el que muriese Jesús. Era salvador y debió morir por el bien de otros.

Fué este el segundo Concilio mayor general que se celebró en Jerusalem viviendo Jesús, y experimentóse que estaba ya en los últimos parasísimos aquella Iglesia Judáica; pues la Sinagoga teniendo presente á su Mesías no le reconocía por tal ni le adoraba por su Dios, antes fabricaba en su malicia títulos para quitarle la vida. Por la prerogativa, pues, del Pontificado, Cayfás pronunció en aquel Concilio una verdad de fé divina; que convenia que Jesús muriese por el remedio de los hombres; mas por la obstinacion con que perseguía y execraba á su Mesías no se le concedió que la entendiese, ni que mirase á otro fin mas que á la temporal conservacion de su silla y su república; por donde no llegó á ser profeta aunque intimó al mundo la más importante profecía, siendo castigo cruel de su furor no gozar de la salud y felicidad que como órgano de metal publicaba desde aquel teatro á todo el orbe sin percibir lo mismo que decia.

Decretada ya la muerte de Jesús en el Concilio, entraron los Sacerdotes y Fariseos en cuidado de ejecutarla con brevedad, emendando los yerros como imaginaba de su dilacion. Mas el Espíritu Santo que en los lábios del Pontífice dictó su sentencia acerca de la importancia de la muerte de Jesús, les infundió en las almas tan densas y enmarañadas confusiones, que teniendo-le á cortas millas en Betania no se resolvieron á enviar ministros que le prendiesen, ni tomaron por entonces más acuerdo que de solicitar ocasion en que haberle á las manos sin que la muchedumbre popular se le pudiese defender; tan fácilmente se burla Dios de los consejos humanos cuando se atreven á su gloria.

CAPITULO III.

RETÍRASE JESÚS Á LA CIUDAD DE EFREN.



ON sumo secreto deliberaban los Pontífices y ancianos en su Concilio acerca de la prision y muerte de Jesús; entendiendo que en el recato, silencio y disimulacion consistia la felicidad de aquel negocio; mas ¿cómo pudieran esconderse á los ojos de Jesús, si aunque invisible estaba dentro de su cóncave y aun de sus más ocultos pensamientos? Grande error de los mortales fingir ausente la Divinidad, para atrevérsele estando más dentro de ellos que su ser pues se lo influye. Vió Jesús desde Betania la conmocion de aquellos ánimos: escuchó sus pareceres y oyó lo sentencia que contra él como reo pronunció Cayfás; pero admitiéndola como Redentor y en consecuencia de lo acordado con su padre respetó en ella su precepto, y ocupado su entendimiento en la importancia de su muerte no reparó en el Ministro que se la dictaba, en reconocer la mano del Juez en la del verdugo estriba la tranquilidad.

Pero no habia llegado la plenitud del tiempo en que conforme lo decretado por su Padre habia de morir por la redencion del mundo; y así dividieron los cuidados entre sí los Judíos y Jesús; aquellos en conformidad del decreto del Concilio solicitaban con sagacidad, coyuntura en que prenderle sin ruido. Jesús atento á la voluntad de su Padre empleaba su desvelo en recatarse de ellos, mientras llegaba la sazón de padecer, elegida por ambos en la Eternidad. Por esta causa no salia ya á lo público de Betania, antes retirado de los ojos humanos, en casa de Marta y de María conversaba con más libre sosiego con su Padre, á cuyas órdenes tanto más se sujetaba cuanto más huía, porque no deseaba el morir por morir sino por obedecer.

Considerando, pues, que habia venido al mundo por Maestro de toda perfeccion; y que esta no pocas veces consiste en acertar á huir, como en saber ignorar, quiso dar esta leccion á los hombres honrando su naturaleza con sus accidentes y propiedades, y juntamente guardando á su omnipotencia los decoros debidos á su grandeza y majestad, no obligándola á salir de la cortina sin aprietos más urgentes; pero en su entendimiento le dejó Dios el arnés impenetrable para que con sus armas los burlase; de estas se aprovechó Jesús en la ocasion sin recurrir á la armería de su omnipotencia, mostrando que el hombre tiene cierto linaje de ella en sus industrias; esto fué declararle su valor y guardar el respeto á Dios, no ocupando su potencia en lo que el arte bastaba á disponer.

Salió, pues, secretamente de Betania con sus discípulos y caminó á la ciudad de Efren, siete leguas distante de Jerusalem y

cinco millas de Bethel hacía el Oriente cerca del desierto de Hay. En aquel retiro se entregó Jesús con más fervor á la oración, armándose de celestiales consideraciones para entrar en la última y más sangrienta batalla con los Pontífices y los Fariseos, sus declarados y poderosos enemigos, y mucho más con Lucifer y los demás potentados del Infierno, que por mano de los Judíos habian de poner en campo sus inmortales cóleras y enojos acometiéndole con toda horribilidad de tormentos, considerando que en el alma puso Dios el estanco de la valentía que hace robustos á los miembros; y que el espíritu no tiene más armas que las que Dios le viste en la oración. Fortalecía también á sus Apóstoles para que mirando con firmeza á la victoria no los turbasen los combates, ni el estruendo pertinaz de la pelea.

En esto se ocupaba Jesús en Efen; pero no pudo durarle mucho tiempo la tranquilidad que allí gozaba, porque venia ya cerca la Pascua del Cordero y ya subian muchos de todas partes á Jerusalem, así para purificarse de las inmundicias legales en que habian incurrido, como para disponerse con sacrificios y oraciones á celebrar más religiosamente la fiesta, empleándose en santos ejercicios algunos dias antes, y acostumbrando en ellos su memoria á que solo se acordase de la expiación verdadera de sus culpas y deseos de gozar los bienes inmortales.

Entre los que iban á Jerusalem aquellos dias buscaban con diligencia los Pontífices y Fariseos á Jesús, para prenderle y ejecutar en su persona la sentencia de muerte fulminada en el Concilio. Viendo, pues, que no subia á la Santa Ciudad Jesús, ni visitaba el Templo como los otros peregrinos, se preguntaban unos á otros: «¿Qué juzgais de que Jesús no haya venido al Templo hasta ahora? Pues qué se determinará este hombre á no celebrar esta Pascua, siendo la solemnidad mayor de los Judíos, quebrantando tan pública y escandalosamente la ley? Pero todo se puede presumir de quien con sacrilegio nunca oído se introduce Dios.»

Finalmente, tan deseosos estaban los Pontífices de haber á las manos á Jesús, que publicaron edictos para que quien supiese donde estaba, les diese aviso de ello, excomulgando de su Sinagoga á los que despreciasen sus mandatos, anhelando por descubrir á Jesús con intento de enviar ministros que le prendiesen, y con ansias de justificarle antes que entrase lo sagrado de aquella solemnidad. Así servian aunque sin entenderlo á la pública salud del mundo, que consistía en que muriese Jesús; pero él amaba tanto á los hombres, que si no fuera por su bien no dilatara un punto el entregarse á la muerte.

CAPITULO IV.

SALE JESÚS DE EFREN PARA JERUSALEM Y ADVIERTE
Á SUS DISCÍPULOS QUE VA Á MORIR EN ELLA.

ESTABA, pues, la celebracion de la Pascua en que Jesús habia de morir; y midiendo los dias necesarios para llegar á Jerusalem con las circunstancias que tenia acordadas con su Padre, mostrando que no por miedo de la muerte, sino porque aun no se habian cumplido los plazos establecidos en su providencia se habia retirado á aquella soledad, luego que se llenó el tiempo decretado salió de ella y se puso en camino para Jerusalem con tan magnánimo corazon y aliento tan heroico, que aun con los pasos del cuerpo declaraba las valentías de su espíritu que ya no le cabia en el pecho. Solia Jesús cuando caminaba, llevar por delante á sus Apóstoles, mas en esta ocasion tan vigoroso iba y esforzado que se aventajaba en la celeridad á sus discípulos, siguiéndole ellos á paso tardo y desigual porque caminaban como sinseso y advertencia, ocupados del pavor y del asombro, presumiendo los fines que podia tener aquella jornada á la ciudad.

Determinóse Jesús á declararse con ellos y habiéndolos apartado de la muchedumbre que donde quiera le seguia, les dijo: «Ya veis, discípulos míos, que subimos á Jerusalem; quiero, pues, preveniros advirtiéndooos ahora lo que en ella nos ha de acontecer. Voy á aquella ciudad á que se cumplan las profecías que acerca de mi persona están escritas y en especial las de mi muerte y Pasión; y así seré entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los Escribas y Doctores de la Ley, á los ancianos y Magistrados de la plebe, los cuales juntos en concilio con circunstancias grandes de dolor y de ignominia me condenarán á muerte como á facineroso y malhechor; y me entregarán á los Gentiles para que hagan escarnio de mí, me azoten y levanten finalmente en una cruz.

«Esto tenemos acordado desde la eternidad mi Padre y yo, por ser el más conveniente remedio para la salud y rescate de los hombres, en cuyo número vosotros entraís de los primeros; y determinacion que hemos firmado los dos y que hemos estado aprobando tantos siglos, no debe pareceros indigna de que la execute mi persona. Con esta atención os he prevenido algunas veces que mis naturales me han de quitar afrentosamente la vida en Jerusalem; ya está á las puertas la ejecucion; en esta Pascua del Cordero que vamos á celebrar sucederá: despedid de vuestros corazones ese pavor cobarde que os ocupa, y sabed que yo mismo, despues que me hayan muerto con tanta ignominia y crueldad, resucitaré al tercero dia; y vosotros os gozareis de ver-

me resucitado y restituido á mi primera vida, mejorada con resplandores de la gloria y dotes de la inmortalidad que se revertirá en vosotros.

«Entonces libre ya de la jurisdiccion de la ignominia y de la muerte, asentare mi reino tan estable que nunca tendrá fin, asistido de la cordial y pronta adoracion de todo el mundo, viniendo las más incultas y bárbaras naciones de los últimos fines de la tierra á reconocerme por su Dios, cuando mi gente me repudió y como facineroso y su enemigo comun me puso en una cruz. De este glorioso y dilatado Imperio que entonces fundare sereis cósortes á mi lado; y como en otra ocasion os prometí, os sentareis en doce sillas como mis Asesores, Magistrados y Jueces de las doce Tribus de Israel, y juntamente de las demás provincias y regiones de la tierra; porque no reconozco términos algunos mi dominio; y esperándoos por mi muerte tan aventajado galardón, no es mucha fineza acompañarme en estos pasos que doy á Jerusalem adonde estas maravillas se han de obrar.»

Esto les dijo Jesús; mas ellos no hicieron concepto de cosa alguna de estas, porque la materia de la Pasion y Muerte de Jesús era para sus entendimientos enigma escondido y de todo punto retirado de su imaginacion. No alcanzaba su discurso á concebir ser Cristo verdadero y natural Hijo de Dios (como creian serlo), con haber de ser preso, azotado y puesto en una cruz; ni acababan de entender cómo sería la gloria de su resurreccion habiendo muerto entre tantos dolores y desprecios; y así toda esta conversacion les sonaba á parábola como otras que habian oido á su Maestro, ó cuando mucho á honores temporales y á imperio político terreno, cual gozan en sus Estados los demás Monarcas y Reyes de este mundo. Tan inevitable es que los hombres conciban las cosas celestiales conforme lo terreno de su imaginacion, aunque les predique Jesús: necesario es purificar y elevar los pensamientos para percibir las palabras de Dios.

CAPITULO V.

NIEGA JESÚS Á DIEGO Y JUAN LAS PRIMERAS SILLAS DE SU REINO.

DEL indigno y humilde concepto que hicieron los Apóstoles de la Gloria y Monarquía de Jesús despues de su resurreccion, se originó en Diego y Juan un importuno y elevado pensamiento de hacer diligencias para obtener las dos primeras sillas en el Reino de Jesús; y cobraron aliento para pretenderlas viéndose parientes suyos tan cercanos, si bien Jacobo el menor y Judas Tadeo, hermanos de María Salomé, madre de Juan y Diego, les precedian en un grado de genealogía y parentesco de Jesús. Ni ignoraban

que por los empeños del singular amor que habian experimentado en él, preferian á los demás Apóstoles en su eleccion, solo se recelaban de Pedro á quien en presencia de todos habia prometido Jesús las llaves del Reino de los Cielos; y para ganarle la precedencia acordaron adelantarse á pedirla para sí, rompiendo los fueros de la sangre en que Jacobo y Judas sus tíos les aventajaban, y Juan los de la estrecha amistad que profesaban con Pedro; pero la ambicion como furiosa y ciega no repara en obligaciones de naturaleza ni amistad, porque su primer desacierto es considerarse el ambicioso no solamente primero sino solo en este mundo.

Mas luego repararon Juan y Diego que iba la peticion aventurada si la hacian ellos por sí mismos sin el amparo de mayor autoridad, porque tenia semblante de ambicion, vicio tan severamente reprendido por Jesús en los Escribas y Fariseos. Comunicaron, pues, el negocio con su madre María Salomé, que desde Galilea habia venido acompañando á Jesús, su primo hermano, sustentándole con otras devotas mujeres de su hacienda, título nuevo para entender le tenian obligado sobre el derecho de la sangre; y ella con afecto de madre calificó el asunto de los hijos y se ofreció á hacer con empeño la súplica á Jesús.

En ocasion pues, oportuna, Salomé asistida de ambos, se llegó á él y habiéndole adorado con profunda reverencia, le dijo: «Venía á suplicarte cierta cosa que le estaria bien para el aumento de su casa.» Preguntóle Jesús cortés y afable que era lo que tenia que pedirle. «Lo que te suplico es, dijo María, que como Señor de todo me des un decreto firmado de tu nombre en que mandes que estos mis hijos Diego y Juan obtengan las dos primeras sillas de tu mano derecha é izquierda en este reino que tratas de fundar; pues no sería razón que teniendo en tu colegio dos Apóstoles, sobrinos tuyos, tan capaces y valerosos, les prefiriesen otros en dignidad y por ventura algun extaño, en tu Monarquía.»

Oyó Jesús á Salomé su prima, y conociendo que sus hijos eran los autores de aquella peticion, se volvió á ellos y con severa majestad les dijo: «No habeis pensado bien lo que pedís, ni entendeis lo que me suplicais, ni habeis hecho bien en interponer para un deslumbramiento la autoridad de vuestra madre á quien debo respeto y gratitud; bajamente habeis concebido el Reino que voy á fundar en Jerusalem, mediante mi Pasion; terreno le imaginais y temporal, semejante al de los reyes de la tierra, juzgándome cuando mucho igual á Augusto, Alejandro, David ó Salomon, debiendo saber que es espiritual mi Monarquía, y que el medio de establecerla para siempre no es quitar la vida á los hombres en batallas, sino morir por dársela afrentosamente en una cruz.

«Por donde lo que conviene es, que examineis en vuestros ánimos si tendreis valor para beber el amargo cáliz que me han de dar y que yo tengo de beber, y daros un baño de vuestra propia sangre como yo me le daré de la mia.» Respondieron ellos animosamente que sí. Dijoles entonces Jesús: «Lo que os aseguro es que bebereis de mi caliz, pero disponer que os senteis á

mi mano derecha y á la izquierda en las primeras sillas de mi Reino por los derechos que alegais de sangre ó benevolencia mia, no es mi oficio ese; porque los asientos de mi señorío no se han de dar al parentesco sino al merecimiento; y aunque á mi me toca como Juez universal el repartirlos, eso será distribuyéndolos á los que mi padre con quien no hablan estas atenciones á la sangre siendo solamente espíritu, tiene destinados para ellos como á vencedores en la tela de los trabajos y la cruz para que los posean á la manera que siendo yo Hijo suyo, decretó que por afrentas y dolores consiguiese la Corona.»

Llegó á la noticia de los demás Apóstoles la pretension de los dos é indignáronse gravemente contra ellos. Supo Jesús la turbación de su Colegio, y siendo la soberbia su raiz pudo recelar en sus discípulos la ruina de los Angeles. Convocólos á todos, y les dijo: «Ya sabreis que los Príncipes del mundo hacen ostentacion de serlo, mandando á sus inferiores con dominio como hombres que sobre si no reconocen mas Señor á quien deban dar cuenta de sus obras; y los que se tienen por potentados y grandes en la tierra, cuando se inclinan á favorecer á los menores hacen majestad de las liberalidades que con ellos usan pretendiendo el glorioso nombre de benéficos ó magníficos, teniendo por fin los unos y los otros imperar á sus súbditos, si bien por medios diferentes, los unos por soberanía, los otros por liberalidad, siendo el vivo de esta grandeza que ostentan mostrarse poderosos y absolutos en levantar á los tronos de su Imperio á los que gustan; pasando por sus mayores ó únicos merecimientos el beneplácito del Príncipe.»

«Pero entre vosotros no ha de haber tan perniciosa ambicion de ser mayores en mi Reino por esos títulos de sangre ó agrado temporal que os muestre: yo vine por el de la humildad y sujecion, escalas mas seguras para la preeminencia y mayoría: por donde el que entre vosotros quisiere ser superior, el arte para lograrlo será constituirse ministro y sirviente de los demás. Ejemplo teneis en mí de este linaje de superioridad; pues siendo Hijo de Dios, bajé al mundo no á que me sirviesen los hombres, que para eso me sobran Angeles, sino á servirles y á dar mi vida por la redencion y bien de muchos: accion (reparadlo bien) propia de esclavo cuya persona y vida suele darse en cambio de la de su Señor, si está cautivo.»

CAPITULO VI.

SANA JESÚS Á UN CIEGO CERCA DE LA CIUDAD DE JERICÓ.



En el campo que yace entre la ciudad de Efen de donde venia Jesús, y la de Jerusalem á donde caminaba, está situada la de Jericó en pais fértil y ameno y así le fué preciso entrar en ella. Llegando, pues, cerca de sus muros, un ciego que estaba en el camino pidiendo limosna á los que pasaban, oyendo el ruido de la muchedumbre que le acompañaba, picado de la curiosidad y la esperanza de algun aventajado socorro, preguntó qué era aquello y cual era la causa de ir tanta gente á Jericó. Respondiéronle que iba á la ciudad Jesús Nazareno asistido de grande multitud de hombres y mujeres y que esta era la causa de

sentia. Así como el ciego tuvo noticia que Jesús Nazareno pasaba por allí omitiendo la limosna que pedia, levantó el grito diciendo: «Jesús Hijo de David, ten misericordia de mí.» En estas palabras confesó por Mesías á Jesús; porque vulgarmente platicaban los Judíos que su Mesías esperado habia de ser de la casa de David. Los que iban delante de Jesús reñian al ciego asperamente para que callase, teniendo por importunos sus clamores y sin esperanza de que le aprovechasen, porque no juzgaban posible que Jesús detuviese aquel numeroso concurso y se parase á remediarle; pero el ciego con voces más esforzadas perseveraba en su peticion: «Jesús Hijo de David, ten compasion y lástima de mí.»

Oyó Jesús el repetido clamor del miserable, y mostrando que tenia en sus entrañas más piedad para con los aflijidos que confianza de él los hombres, se detuvo y con él la muchedumbre; mandó que trajesen al ciego á su presencia, y habiéndole traído le preguntó benignamente: «¿Qué quieres haga contigo?» Respondió: «Señor, que me des vista.» Díjole Jesús: «Ya te la doy, goza de ella en hora buena y advierte que la fé que has tenido en mí te ha negociado esta salud; acreciéntala cuanto pudieres y gozarás de Dios favores más aventajados.» Al punto cobró el ciego la vista que deseaba, y luego se incorporó en la multitud glorificando á Dios que le habia hecho tan señalada merced; y el pueblo viendo tan prodigiosa maravilla dió gracias y loores á Dios.